

El bosque en llamas

Norman Maclean
Muchnik Editores, S.A. 1992

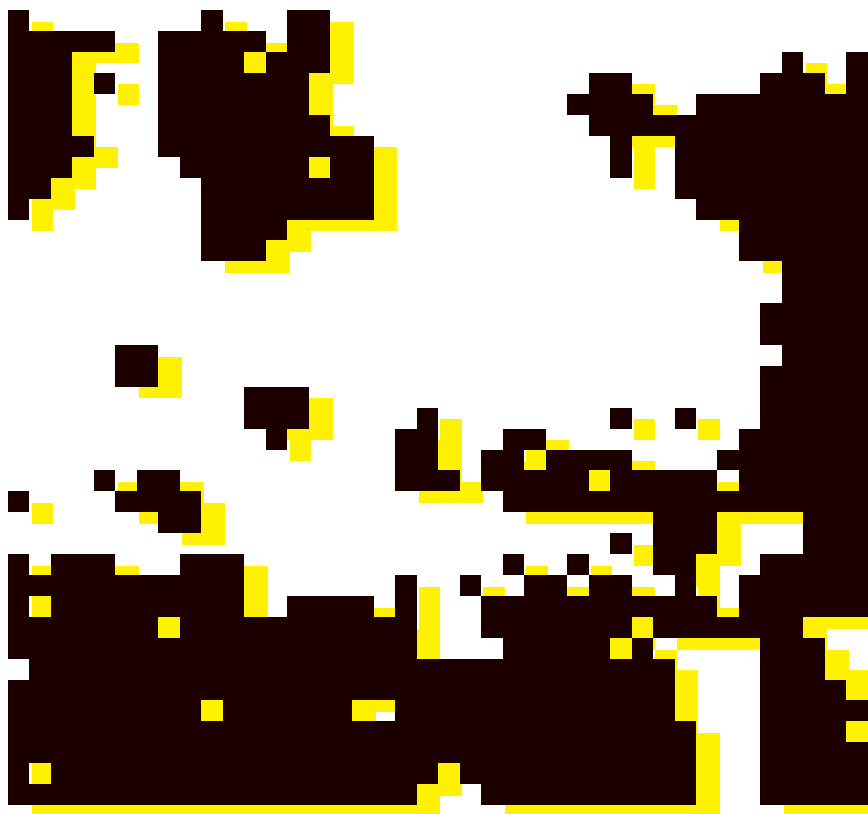
Norman Maclean (Iowa, 1902-1990) ya apareció en esta sección del rincón literario en nuestro número 176 con un fragmento de «El Rio de la Vida». Debido al éxito de la película y el libro, su editorial se ha animado a publicar una segunda obra -»El bosque en llamas«- un ensayo de corte autobiográfico. En 1949 se produjo un incendio devastador en el Barranco de Mann (Missoula. Montana), que se cobró la vida de 13 smokejumpers (bomberos paracaidistas), aunque algunos de ellos lograron salvarse. Maclean reconstruye, siguiendo el método de la investigación periodística, lo ocurrido en aquel lugar junto a todo el proceso judicial, técnico y humano a que dió lugar esta tragedia.

No basta con saber con qué palabra se denomina esta o aquella clase de incendio; conocer un incendio consiste en ver cómo lo que al final de una tarde dejaba caer cenizas desde un árbol, a la siguiente se ha convertido en una clase de incendio tras otra, hasta transformarse en un monstruo en llamas del que no hay escapatoria.

De las dos clases principales de incendios que se distinguen por sus causas, naturales y humanas, el incendio del barranco de Mann fue un incendio provocado por un rayo, como lo son el setenta y cinco por ciento de los incendios en el Oeste. Los incendios provocados por un rayo suelen comenzar donde éste tiene mayores probabilidades de dar, en lugares próximos a las cumbres de los relieves, pero algo ladera abajo, donde se encuentran los primeros tocones de árboles muertos; el inicio del incendio del barranco de Mann responde a esta descripción. El fuego que prende en un tocón muerto puede pasarse días dejando caer cenizas encendidas antes de que se inicie el fuego en el suelo, pues el suelo de las proximidades de una cumbre montañosa es probable que consista más que nada en rocas, en el mejor de los casos con apenas una ligera cubierta de hojas muertas, agujas de pinos o hierba. Pero la tormenta eléctrica que originó el incendio del barranco de Mann pasó sobre el barranco el 4 de agosto y al concluir la tarde siguiente, el día más caluroso del que haya constancia en las vecindades de Helena, trece smokejumpers habían perdido la vida.

Una vez hubo prendido en el suelo, el incendio provocado por el rayo se convirtió sencillamente en un «incendio de superficie», término que abarca a la mayor parte de los incendios, de modo que los incendios de superficie son de muchos tamaños, formas e intensidades, y prácticamente todos los fuegos hechos por el hombre, como los fuegos de campamento y los incendios provocados para quemar terrenos talados o matorrales, cuando se escapan de las manos se convierten, como mínimo, en incendios de superficie. Un incendio de esta clase puede volverse peligroso, incluso asesino, pero lo más frecuente es que baste con hacer un gran esfuerzo para controlarlo. Hasta una hora antes del final, eso era lo que los smokejumpers esperaban que fuese el incendio del barranco de Mann: un gran esfuerzo durante la noche, pero alivio por la mañana.

El trabajo de controlar la mayor parte de los incendios de superficie comienza por abrir una «zanja contra el fuego» o línea de defensa alrededor o en los flancos del mismo, para de ese modo guiarlo hacia las rocas o hacia los prados abiertos. Una zanja contra los incendios o línea de defensa tiene entre



setenta centímetros y un metro de ancho, se hace con Pulaski y pala, y no es más que la tierra superficial cavada hasta dar con el subsuelo inorgánico. No debe tener encima nada inflamable, como árboles caídos o ramas colgantes, por ejemplo.

El principal peligro de los incendios de superficie es que se conviertan en «incendios de copas», es decir, que prendan en las ramas o copas de los árboles, sobre todo allí donde éstos están muy cerca los unos de los otros y sus ramas se entrelazan. De modo que los equipos deben procurar que los incendios de tierra no prendan en los bosquecillos de pinos grises donde las ramas están cerca del suelo y pueden ser alcanzadas por llamas bajas. Pero hay una forma muy distinta de que explote un incendio de aspecto normal. Un incendio no siempre necesita llamas para avanzar. Un incendio puede parecer controlado, estar ardiendo inocuamente bajo ramas demasiado altas para que las alcancen las llamas del suelo, y aun así arder con suficiente intensidad para consumir la mayor parte del oxígeno del aire de las inmediaciones, que se va calentando hasta el punto de ignición. Si el viento cambia y llega aire fresco con oxígeno, entonces en las ramas más bajas se hallan de pronto presentes los tres elementos necesarios para hacer fuego: materia inflamable, temperatura por encima del punto de ignición y oxígeno. Un veterano sabe que cuando un incendio de superficie explota para convertirse en un incendio de copas sin que se advierta el motivo que lo ha causado, lo que se presencia no es una combustión espontánea sino la apariencia exterior de la invisible presión de un «triángulo del fuego» que de repente alcanza las proporciones adecuadas para hacer explosión.

El incendio de copas suena como si se acercara un tren demasiado deprisa por una curva, y puede resultar un ruido tan agudo que los hombres del equipo no entiendan lo que el jefe esté intentando hacer para salvarlos. En ocasiones, cuando el bosque se aclara, suena como si el tren estuviera dando chasquidos al cruzar un puente; a veces entra en un calvero y se vuelve apagado como si pasase por un túnel, pero cuando las piñas encendidas son removidas por el viento y caen al otro lado del claro, aparecen incipientes focos de fuego y el nuevo incendio atruena como si el tren saliera del túnel, lanzando humo negro sin acabar de quemar. El humo sin acabar de quemar asciende hasta que alcanza el oxígeno y entonces explota formando llamas gigantestas encima de la

nube de humo y dispersándose por el cielo. El bombero novato, que ve humo negro que se eleva del suelo para convertirse en llamas más arriba, piensa que las leyes naturales se han invertido, pues primero debería haber llamas de las que saliese el humo. El bombero novato ignora cómo ha llegado el fuego allí arriba. Está asustado y no le falta razón.

Las líneas de defensa no sirven de mucho cuando se ha producido un incendio de copas, a menos que se utilice como cortafuegos un río o un trecho bien ancho de sendero. Por lo general se precisa un «contrafuego» para detener un gran incendio de copas, y pocas veces se dan las condiciones para que el jefe pueda encenderlo. Tiene que haber montones de ramitas que ardan pronto, de virutas o manojos de hierba seca delante del incendio principal, y no debe iniciarse el contrafuego hasta que el viento sople hacia aquél, lo que a menudo no ocurre nunca. Cuando se juega con contrafuegos, verdaderamente se está jugando con fuego; uno cuenta con que el viento siga soplando de forma que empuje su contrafuego contra el incendio principal. Si el viento cambia nuevamente de dirección y sopla hacia uno, el contrafuego sólo habrá servido para proporcionar al incendio principal un salto fatal hacia donde nos encontramos.

Tal vez sea aún menos previsible si no hay mucho viento en el momento inicial, porque un gran incendio de copas puede generar su propio viento. El aire más ligero y caliente sube, el frío y más pesado se apresura a bajar para reemplazar al otro, según lo que se llama «efecto de convección», y pronto se crea un gran «torbellino de fuego» y el aire se llena de ramas y piñas encendidas que caen adelantándose al incendio principal, como fuegos artificiales, creando nuevos vocos. Éstos

pronto arden juntos y la vida queda atrapada entre el incendio principal que viene por detrás, y el nuevo frente de fuego que ahora retrocede arderá en dirección a nosotros.

Entonces puede ocurrir algo terrible. El espacio situado entre los focos de fuego que convergen, conforme éstos arden acercándose al incendio principal, puede adquirir una temperatura superior al punto de ignición. Si el efecto de convección o un cambio de viento hace entrar oxígeno fresco entre los dos incendios, reponiendo de repente el aire consumido, puede producirse una «explosión», aunque ésta también puede originarse de otras formas. No son muchas las personas que han visto una explosión, menos aún las que han sobrevivido y menos todavía las que luego han intentado recobrar y rebuscar en su cauterizada memoria para anotar con exactitud lo sucedido. Más adelante trataremos de recrear en el barranco de Mann una explosión vista por casi nadie que sobreviviera para contarla; y tal vez nos sirva de introducción detenernos brevemente en el gran pionero de la ciencia del comportamiento de los incendios forestales, Harry T. Gisborne, que fue uno de los primeros en observar y describir con exactitud una explosión.

En 1929 Gisborne estuvo en lo que hasta entonces había sido el mayor incendio producido por el hombre de Montana, el incendio de noventa mil acres que ocurrió en Half Moon, dentro del Parque Nacional Glacier (seiscientos cuarenta acres equivalen a una milla cuadrada, o sea a 2,6 kilómetros cuadrados). Como él dice, las «carreras» medidas demuestran que ni siquiera un gran incendio de copas avanza a más de una milla o milla y media por hora. La explosión que presenció Gisborne destruyó más de dos millas cuadradas en, tal vez, dos minutos, aunque probablemente sólo haya demorado uno.

Al regresar dos días después, encontró el cadáver en perfecto equilibrio de una perdiz joven, con el cuello y la cabeza «todavía erguidos en actitud de alarma, con miedo y asombro» y el pico, las plumas y las patas abrasados. A pocos palmos había una ardilla, estirada cuan larga era. «Los restos calcinados de sus manitas estaban todo lo adelantados posible, las patas traseras completamente extendidas en un último y esperanzado impulso, queriendo, como cualquier ser humano, arrastrarse aunque fuera un único centímetro más para huir de esta muerte innecesaria».

Aunque en el barranco de Mann los jóvenes murieron como ardillas, el incendio no terminaría allí, pues el viento se llevó el humo y dejó un terror inconsolable e inexplicable y una controversia que aún no se ha resuelto. Es probable que la mayor parte de las catástrofes terminen así, sin terminar, con los muertos sin ni siquiera saber cómo murieron sino «todavía erguidos y en actitud de alarma, con miedo y asombro» dejando a quienes los amaban preguntándose eternamente por «esta muerte innecesaria» y el resto de nosotros hartos de esa inconsolable catástrofe y dirigiéndonos a la próxima.

